A los creyentes desconcertados

Von Baltasar, H.U. (1983).

El que conoce al hombre se da cuenta de que la religión pertenece a su esencia. Comprende también cómo las diferentes refracciones de la única religión universal han podido nacer de su anhelo de absoluto. El hombre es concebido, no se trae a sí mismo. Por fuerte que sea su sentimiento de pertenencia a una genealogía, sabe que debe agradecimiento no sólo a sus padres sino con estos y todos sus antecesores a un fundamento original generador. Aunque por su finitud y por la labilidad del mundo puede estar muy lejos de esa fuente, tiene que llevar sin duda en sí la marca de este parentesco.

De esta suerte puede representarse al Absoluto como una esencia personal, como un conjunto de ellas o, por su grandeza, como suprapersonal o impersonal. A partir de las imágenes y símbolos que le son familiares puede o incluso debe formar mitos sobre el origen, la conservación, el fin del mundo. Y pensarse a sí mismo, mortal, en el encuentro con lo imperecedero, en un juicio de los muertos como premio y castigo.

Acaso -¿quién puede saberlo?- cuando transcurra y termine un año cósmico, todo comience de nuevo por el principio. Pero acaso pueda también el hombre, si alguien especialmente esclarecido le muestra el camino y el método apropiado, escaparse del fluir permanente de las reencarnaciones perecederas y volverse a encontrar en el fundamento original del cual, alienado en lo finito, había salido. Al mismo tiempo existe también –puesto que el hombre es un ser social- una

religión pública y social del Estado, en la que un dominador representa el orden cósmico, el principio divino que inhabita el mundo. Religión del templo y religión de la corte se entrelazan, pues orgánicamente. Como funcionarios de la colectividad, "sabios" y "profetas" pueden interpretar las leyes y mandamientos de la naturaleza general aplicándolas a la práctica moral y política.

Con los hebreos irrumpe en ese mundo religioso algo fundamentalmente nuevo, inverso, aun cuando aquéllos habían integrado, transformándolos, muchos elementos de aquel mundo. El ahora, la conclusión de una alianza entre un hombre (Abraham), un pueblo (en el Sinaí) y la divinidad es para ellos la constatación de una promesa que anticipa el futuro y el fin de la historia de la humanidad. Ahora nómada, ahora marchando por el desierto, ahora postrado en un exilio temporal o definitivo, cada vez es más ardiente en el pueblo en anhelo de un reino mesiánico prometido. Para marchar a través de los tiempos anclados en la fidelidad a la alianza, dios provee "sabiduría" (la ley). Una sabiduría que a menudo actualizan los profetas pero que, en tanto su cumplimiento se hace esperar, todavía no está "escrita en el corazón" y posee por eso una cierta exterioridad ("tablas de piedra"). Cuando se absolutiza "en religión", puede conducir a una pésima confusión entre la Ley y el Dios de la Alianza que la ha firmado libremente ("fariseísmo"). En la medida en que el dios que elige y que promete irrumpe en soberana libertad en la historia, el mundo y el hombre, su libre creación, aparecen radicalmente desmitificados. Por eso un judaísmo tardío, cansado de la espera, puede perder la paciencia y pretende traer el reino mesiánico con sus propias fuerzas y encontrar su camino a través de la historia (racionalismo dialéctico o esperanza utópica).

Sobre el fundamento del judaísmo se levanta, otra vez, como algo totalmente nuevo, como la novedad absoluta, pero recogiendo a la vez lo válido del paganismo y del judaísmo, la "tercera generación", la de los cristianos. Lo nuevo descansa sobre la inaudita pretensión del hombre Jesús de Nazaret de poder hablar y actuar con la autoridad del Dios de Israel y de Creador del Universo. Y más aún, de ser como hombre –no como héroe o semidios, a la manera de las religiones paganas- la palabra definitiva de Dios a Israel y a todo el mundo. Esta pretensión insuperable, que exige también un "seguimiento" sin condiciones, se presenta con una humildad incomparable, con naturalidad, con cercanía a los pobres y despreciados, como el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento y a la vez su superación inesperada. Puesto que este cumplimiento no correspondía a las aspiraciones mundanas y escatológicas de los judíos, Jesús se vio rechazado como un falso Mesías y crucificado por el poder estatal romano. Por su resurrección de entre los muertos, Dios le confirmó, sin embargo, como el verdadero objeto de la promesa y, por encima de ello, como la última noticia de sí mismo y el último don que de sí mismo hace Dios al mundo.

Lo que en la persona del resucitado es cumplimiento que se manifiesta, para los cristianos es "arras" y con ello esperanza en un sentido mucho más concreto y englobante que en la antigua Alianza. La distancia frente a la esperanza judía se ve más clara si se añade lo que para un hombre que no toma parte interiormente en la vida divina sería un gesto carente de sentido: darse a sí mismo corporalmente como comida y bebida, anticipando su muerte sufrida "por todos nosotros", sus discípulos de entonces y para todos los posteriores. Lo definitivo no sólo ha acaecido y ha sido propuesto como ideal a todas las generaciones, sino que se ha entregado enteramente para ser anunciado y compartido en el Espíritu Santo de aquel que se ofrece eternamente.

De la mitología intemporal de las religiones del mundo no queda otra cosa que los símbolos humanos sobre los que se construyó. El núcleo del cristianismo es la historia misma en la que Dios no solo ha hablado, sino que ha tomado cuerpo en un destino de hombre. La perspectiva del final de la historia está asumida en una esperanza totalmente nueva: en la salvación de la humanidad y del cosmos como un todo porque Dios se ha sumergido libremente en todas las oscuridades del destino del mundo. Como oferta y como oportunidad son insuperables. Quien sale de ahí se hunde en el mesianismo judío y retorna a caminos paganos de huida del mundo.